

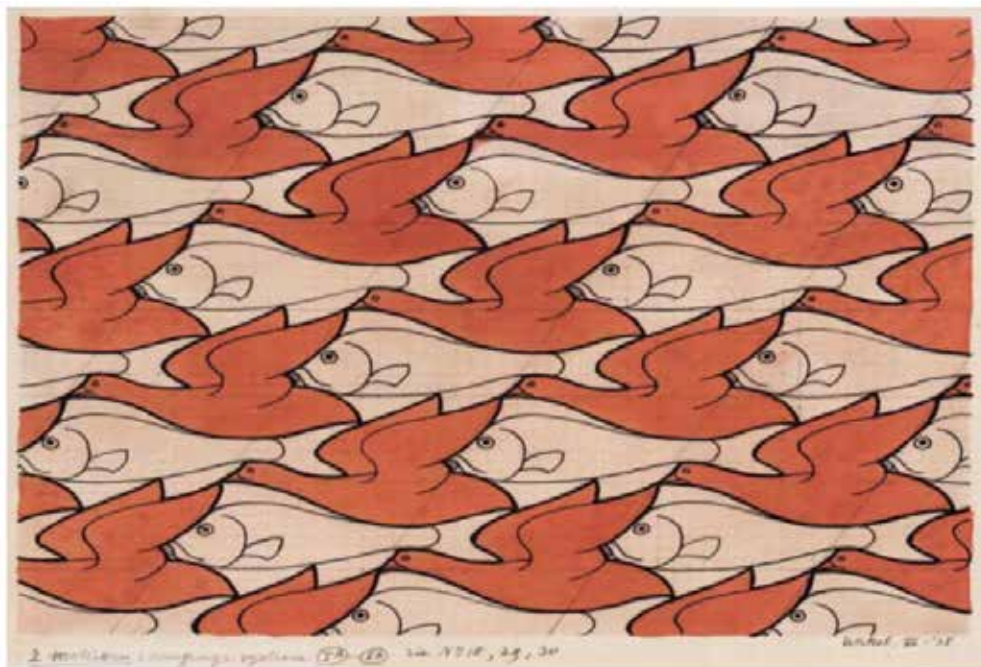
CAPÍTULO 3. LA PRAXIS PSICOSOCIAL EN TERRITORIOS

Nicolasa María Durán Palacio

Las metáforas son imágenes de cómo pensamos en la vida cotidiana, en la ciencia y en la academia. Construimos las metáforas con elementos visuales, táctiles, auditivos, simbólicos y las empleamos para representar conceptos/situaciones/significados abstractos, de manera que cuando juntamos el poder de la metáfora con la naturaleza combinatoria del lenguaje – pensamiento, somos capaces de crear un número prácticamente infinito de ideas, aunque incluso estemos equipados con un inventario finito de conceptos. Esto no es muy diferente de lo que hacemos cuando usamos gráficos para comunicar relaciones matemáticas como si fueran líneas y superficies que existen en el espacio. De hecho, gran cantidad del lenguaje científico es metafórico. La esencia de la metáfora es comprender algo complejo, abstracto, en términos de una imagen concreta, tangible, ligado a la experiencia humana y que transfiera un significado para lograr comprensión.

A lo largo del siglo XX se ha producido un importante conjunto de cambios en nuestras imágenes del conocimiento y de la educación. La metáfora del conocimiento como una base o una estructura lineal ha sido sustituida por imágenes de redes, entramados y urdimbres con movimientos predecibles a la vez que insospechados, de tal modo que podemos hoy imaginar y pensar los conocimientos como algo múltiple, paradójico y relativo con patrones dinámicos que llenan vacíos y vacíos que atraviesan los patrones, dando lugar a otras formas de conocimientos. Para recrear lo que estoy describiendo, me apoyo en una imagen del pintor Maurits Cornelis Escher (1938), nombrada *Pájaros y peces*. “El vacío que dejan los peces lo llenan los pájaros y viceversa. Pájaros y peces son seres diferentes pero unidos, y todos nadan en la misma dirección” (párr. 5).

Figura 15. *Pájaros y peces*



Fuente: Escher (1938).

Asimismo, la metáfora de la unidad, con los valores de universalidad y certeza que la acompañan, ha sido sustituida por las metáforas de la pluralidad, lo paradójico y la relacionalidad en un mundo complejo. En conjunto, estos cambios señalan algo imperativo: las sociedades humanas con sus dinámicas y prácticas están cambiando vertiginosamente y poco sabemos qué hacer con las consecuencias de lo que hemos hecho en nuestro mundo, cómo transformarlas y qué hacer con los aspectos más problemáticos de nuestras subjetividades/intersubjetividades, porque lo que ocurre y nos ocurre en nuestro mundo de alguna manera refleja lo que somos. Entonces, para explicar o nombrar lo que acontece en nuestras sociedades y lo que vivimos, usamos la noción de crisis como imagen – palabra para expresar que no sabemos auténticamente por dónde empezar para iniciar las transformaciones necesarias para que la vida humana, nuestra vida en común, siga siendo posible en la tierra. Tal vez convenga considerar que lo que está en crisis somos nosotros mismos¹⁶, nuestra capacidad para vivir juntos.

16. La crisis de nuestra capacidad de vivir juntos es a la vez crisis del sujeto mismo quien no puede decir que es alguien sin hacer referencia a otro semejante, que lo note, lo identifique y ante quien se revela mediante palabra y acción. Así, ningún sujeto es alguien si no hay otro ante el cual actuar y hacer patente su yo.

¿Por qué nos cuesta tanto aceptar el convivir con otros? Vivir siempre significa vivir entre seres humanos, entre aquellos que son mis iguales. De ahí que, cuando me inserto en el mundo, lo hago en un mundo donde ya están presentes otros (Arendt, 2019).

Estoy convencida de que, si existe algún tipo de pensamiento o saber que sea mayormente cuestionado para dar respuestas a este histórico y desafiante interrogante, son las llamadas disciplinas “psi”, incluyendo los denominados estudios psicosociales y su mirada psicosocial. Conviene aclarar que la pregunta por la dificultad humana para vivir juntos es una cuestión compleja frente a la cual estas disciplinas, incluida la filosofía práctica, ha ofrecido algunas explicaciones o comprensiones de las que necesariamente no se desprende una acción que dé lugar, a lo que Hannah Arendt llamó nuevos comienzos.

La praxis y su carácter psicosocial en territorios

Pensar la vida humana en común supone que esta de da, se configura y se despliega en contextos específicos, es decir, en territorios. En sus componentes de significado la vida humana, la acción (praxis) y el territorio de alguna manera son inseparables. En sentido escueto, territorio hace alusión al lugar, a la pertenencia, al espacio en donde las personas traban relaciones, se integran, y de alguna manera, se supeditan y las acciones humanas irrumpen o acontecen en lugares.

No es posible acción humana alguna en el vacío. Asimismo, la vida humana se inserta y se manifiesta en lugares, en territorios. La revelación de quién es alguien, se halla dada en el hecho de que es un ser actuante, hablante (recordemos que la palabra también es acción creadora), en un escenario en donde transcurre la vida. Las acciones humanas configuran el bienestar o malestar de las poblaciones en territorios específicos. En este sentido, podemos afirmar que los territorios son espacios relacionales en los cuales las acciones humanas y los procesos vitales acontecen y se recrean, a la vez que reconfiguran los territorios.

Marx y Engels (1974) consideraban la praxis como la actividad humana material y social fundamental de transformación de la naturaleza, la sociedad y del ser humano mismo. A través de la praxis, las personas se definen, se muestran a sí mismas y entre otros, además de que producen historias y conocimientos. Vale decir que la praxis es legítimamente el fundamento de toda teorización. Praxis-teoría deben entenderse como una unidad emergente entre la acción humana y el conocimiento. En consecuencia, lo que llamamos praxis psicosocial es un proceso dinámico, continuo de acción – reflexión dialógica – acción transformadora – comprensión reflexiva de las acciones humanas,

las propias, las ajenas y sus entrecruzamientos en lugares de pertenencia, integración, supeditación y afectaciones mutuas.

Lo que en sí propongo es que la praxis psicosocial, sea entendida como una forma de acción – reflexión dialógica – acción transformadora – comprensión reflexiva, que asume las acciones humanas situadas, sus implicaciones y consecuencias en la vida misma como su fenómeno de estudio y su principal fuente de conocimientos. Lo que distinguiría la praxis psicosocial de otras, es que se trata de una actividad que se orienta a la provocación, promoción de acciones de concientización, transformación que debe ser realizada por los sujetos implicados, afectados en el entramado de las acciones humanas que acontecen territorios particulares.

El carácter psicosocial de la praxis situada nos convoca a superar la consideración de los territorios como meros contextos estáticos en donde transcurre y se desarrolla la vida social. Por el contrario, desde una atenta mirada psicosocial, los territorios son escenarios vivos, espacios sociales, en los que las acciones humanas con sus características de afectación, irreversibilidad e impredecibilidad, los transforman. A su vez, las configuraciones territoriales provocadas por las acciones humanas también promueven cambios en los agentes de tales acciones. Justamente en esta imbricación, las praxis psicosociales con los sujetos que habitan los territorios se encaminan a favorecer espacios dialógicos reflexivos sobre el poder de las acciones humanas en contraste con la fragilidad de nuestras relaciones, instituciones, leyes y en general de la vida humana (Arendt, 2005). Interrogarnos por lo que hacemos cuando actuamos, reflexionar sobre el actuar y el padecer las acciones de otros, sus consecuencias, constatar la imposibilidad de deshacer las consecuencias de lo que hemos hecho, constituye un elemento central en toda praxis psicosocial: pensar las subjetividades/intersubjetividades en el entramado relacional social.

La complejidad de la praxis psicosocial en territorialidades: entre lo social y lo político

Los análisis políticos de Pécaut (1999) sobre la violencia en Colombia señalan que esta ha estado acompañada, cada vez con más frecuencia, de prácticas de terror que se traducen en una multiplicidad de fenómenos de dolor inenarrable, torturas, asesinatos con sevicia, desplazamientos forzados, desapariciones, violencias sexuales, entre otros horrores, causados por actores de grupos armados con intereses específicos en los territorios. Estas prácticas de terror produjeron de manera progresiva efectos

de fragilización en la trama de las relaciones humanas cotidianas en los territorios e impusieron sentidos que no solo transformaron la vocación de las personas en sus lugares de habitación, sino que, además, alteraron sus subjetividades, configuraron referentes de subjetividades violentas que engendraron formas de identificación coercitivas y voluntarias. Cada uno de estos fenómenos están muy lejos de ser reconocidos como extensiones intangibles de este terror, pero que el pensamiento psicosocial sí identifica como grandes y desafiantes obstáculos para la reconstrucción del tejido social en las comunidades. ¿Quién o quiénes se implicarán decididamente en esta complejidad que supera las respuestas débiles de los proyectos “sociales” del Estado colombiano y sus municipalidades? Hemos de reconocer que para estos problemas no podemos seguir actuando con las lógicas de los proyectos nacionales de “intervención psicosocial” gerenciados por el Estado y las urgencias políticas de sus gobiernos. Sin embargo, también es cierto que, sin la implicación del gobierno, los recursos públicos y las acciones institucionales, no podemos lograr la reconfiguración del tejido social en y con las comunidades.

Las complejidades de los fenómenos sociales que han producido las violencias estructurales, culturales y simbólicas aún presentes en nuestros territorios nos instan a análisis, investigaciones, acciones transdisciplinarias que superen las parcelaciones mentales que designan los pensamientos disciplinares y que imponen a los profesionales una limitada parcela del saber-práctica. En sí misma, y en coherencia, la praxis psicosocial es transdisciplinar. Es transgresora de los límites disciplinares para expresar interconexiones comunes entre formas de conocimientos, saberes y experiencias cuando nos enfrentamos a las problemáticas desafiantes y de alta complejidad del mundo de la vida en los territorios. Necesariamente, el pensamiento transdisciplinar surge como la alternativa posible cuando los sistemas sociales y sus elementos se hallan en un constante devenir, entre el pasado, el presente y un futuro posible, y cuyo dinamismo escapa al conocimiento disciplinar. La transdisciplinariedad transforma lo “establecido” por las disciplinas y sus prácticas, pone en tensión las políticas públicas vigentes y las prácticas de justicia en el reconocimiento y la garantía de los derechos humanos.

Así como nuestras grandes problemáticas sociales, la transdisciplinariedad en la praxis psicosocial no sigue una lógica lineal, ni de causas-efectos, ni permite una construcción de acciones de acompañamiento de un paso a paso piramidal, jerárquico. Por el contrario, el pensamiento transdisciplinar en lo psicosocial recorre caminos transversales que conectan fenómenos aparentemente inconexos. Se trata de una manera de “imagen de pensamiento” que se visualiza como una de red, que aprehende multiplicidades de relaciones y, en consecuencia, de acuerdo con este modo de pensar, se actúa en el mundo de la vida en forma reticular, en redes que se conectan entre sí sin subordinaciones ni jerarquías. En este sentido, podremos imaginar un quehacer psicosocial transdiscipli-

nar que conciba procesos de acompañamiento complejos en varias dimensiones que se interconectan. A continuación, esbozo tres tramas reticulares de pensamiento que debemos considerar en la reflexión sobre una posible praxis psicosocial transdisciplinar:

Las personas son seres sociales, en tensión permanente hacia la sociabilidad y la insociabilidad o el ensimismamiento. Las personas aparecemos en y vivimos en medio de una trama de asuntos humanos en la que afectamos y somos afectados por acciones que realizamos. Una persona no es simplemente un agente, sino que es al mismo tiempo una receptora de las consecuencias emergentes de las acciones realizadas por otras personas y por sí misma. Hacer y padecer son dos facetas de la esfera común de las interacciones humanas. Entonces, el acompañamiento psicosocial al reconocer esta dimensión debe preocuparse por cómo surgen las subjetividades en contextos relacionales. Aquí se abre toda una gama de acciones psicosociales posibles sobre la acción y el sufrimiento humano.

La política, las instituciones y las leyes que hemos creado son frágiles e imperfectas como nuestra condición humana, y nunca son por entero salvaguardas confiables contra las acciones humanas dañinas, destructivas y sus impredecibles consecuencias. En la praxis psicosocial se constatan las promesas incumplidas de igualdad, libertades y solidaridad de la razón moderna. Por tanto, no es posible actuar psicosocialmente desentendiéndonos de la inevitable fragilidad de los asuntos humanos, es decir, de la política. Es necesario reevaluar la idea de poder y de gobierno. Es decir, la idea de que las personas solo podemos vivir juntas legal y políticamente en un territorio cuando algunos se asignan el derecho de mandar y las demás personas se ven obligadas a obedecer. En este aspecto también se abre una gama de posibilidades de acciones psicosociales, orientadas al cuestionamiento y a la movilidad de un pensamiento enquistado en una visión colonial y feudal del mundo y de la trama de la vida. Mientras no superemos esta visión de que toda comunidad política está formada por quienes gobiernan y por los que son gobernados (Arendt, 2005), no superaremos los interminables y recurrentes ciclos de violencias en los que históricamente hemos vivido en Colombia.

El poder, en sentido político, nunca es una propiedad de un individuo, pertenece a una comunidad de hablantes, de actores sociales; y existe solo en la medida en que la comunidad no se desintegre. La condición de posibilidad del poder es la pluralidad humana y, por lo tanto, resulta ser un fenómeno que dependerá siempre del acuerdo temporal entre intereses y voluntades de los distintos e iguales a la vez.

Finalmente, en términos del conocer actuante, no es simplemente un conocimiento psicosocial “nuevo” lo que necesitamos, requerimos es una manera nueva de producir nuestros propios conocimientos ajustados a nuestras realidades sociales

en los territorios. Para ello urge que reconozcamos y validemos los saberes de las comunidades, de las gentes. Y esto es todavía más exigente porque necesitamos descolonizar las universidades y sus prácticas de enseñabilidad; identificar y superar la visión occidentalizada de la comprensión de nuestro mundo. No olvidemos que las instituciones universitarias al ser parte del tejido social, de alguna manera, han reproducido las desigualdades sociales mediante acciones de injusticias epistémicas, subalternización de saberes y de sujetos e invisibilización, descrédito y descreimiento de conocimientos y experiencias locales como saberes y conocimientos legítimos en la comprensión de nuestros graves problemas sociales. En la organización cognoscitiva de las disciplinas que habitan las universidades, se refleja la repartición del poder y de la autoridad en el entramado social.

Un desafío importante es aceptar y asumir responsabilidades académicas y profesionales en el desperdicio de las experiencias sociales locales. Las comunidades y sus gentes tienen una diversidad epistémica inagotable. No es la teoría entendida como mera contemplación abstracta del mundo la que cambia la historia de la humanidad, sino la acción. Y esa acción no se produce sin que aparezca una voluntad de actuar, voluntad que no puede ser puramente intelectual, por el contrario, tiene que estar ligada a la capacidad de sentirse parte del mundo: de sentir indignación por las injusticias.

Referencias bibliográficas

Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Paidós.

Arendt, H. (2019). *La pluralidad del mundo*. Taurus.

Escher, M. C. (1938). *Pájaros y peces*. <https://historia-arte.com/obras/pajaros-y-peces-de-escher>

Marx, K., y Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. Pueblos Unidos. Grijalbo.

Pécaut, D. (1999). Configuraciones del espacio, el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano. *Revista Colombiana de Antropología*, 35. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1308>

